

¿Se es o no se es?

—
José Balza

Padre nuestro que eres Gallegos», ha exclamado recientemente Carlos Fuentes mientras volvía a leer *Canaima* (Valiente mundo nuevo, 1990); sin embargo, aún resuena la admonición de Emir Rodríguez Monegal emitida en 1954 sobre Doña Bárbara: «lo que muestra Gallegos en su novela es la corteza variada, grandilocuente, colorida, mera superficie». Al parecer, entre ambas percepciones se desplazan siempre las novelas del autor. Tal vez un exceso de biografía (de biografía moral) ha aplastado en este hombre su destino de escritor.

No se puede representar el arquetipo de la perfección humana y ser artista al mismo tiempo. En el Gallegos que atraviesa su juventud y su literatura hasta la aparición de *Canaima*, una elegida responsabilidad colectiva, una implacable vocación de servicio patrio, zigzaguea con misteriosos relámpagos: así el ardor creador es frenado y filtrado por el estigma pedagógico (Reinaldo Solar, Doña Bárbara), para desatarse después en los territorios encantatorios terribles de *Cantaclaro* y *Canaima*. A lo primero corresponde una vida pública, civil, que concluirá en la investidura como Presidente del país, como cabeza de un partido de aparente salud ética; a lo segundo, los secretos torbellinos de un otro, que traiciona al magistrado para arrebatarlo hacia la escritura. (Como es obvio, ese último se eclipsa en la obra del autor a partir de 1936, cuando se asume como profeta o redentor de las causas políticas.)

Porque el novelista —hombre y autor— vive para una obsesión: «la filosofía del progreso. Ésta es la parte más débil de Rómulo Gallegos» sigue confesándose Carlos Fuentes. En efecto, ni uno de sus libros escapará de la manía reformista, de la simplista oposición entre civilización y barbarie. Actitud sor-

prendente e incongruente para quienes comenzaron a leerlo a partir de 1960, cuando, en Venezuela, la política de su Partido comenzaba a representar el atraso, el engaño y algo peor que la barbarie: la corrupción.

Ni su conducta pública —sobria, pero respaldada por el Partido— ni su obra tenían desde entonces respuesta para las exigencias de otras generaciones. Se reconoció su talento de fabulador; su oído atento al habla popular; el versátil abanico de una obra que ceñía con su heráldica las regiones de Venezuela; pero asimismo su prosa poco exigente, su ligero asomo a las profundidades simbólicas, su mise en scène sin riesgo, decimonónica, cuando magníficos autores de Venezuela y de América habían arriesgado su existencia y su imaginación en el trazado de nuevos universos verbales.

Nadie ha estado tan atento a la diversa receptividad con que en los últimos cincuenta años se considera a los textos de Gallegos como el poeta Juan Liscano (Las tres novelas mayores, 1986); hasta el punto de que, en ocasiones, los ensayos interpretativos de éste seducen más que los esquemas novelescos del narrador. (En los avatares de las interpretaciones hemos tenido hasta algún psiquiatra —¿más moralista que Gallegos?—, quien viera en la juvenil Rosángela de Cantaclaro una sombra de Madre.) Y Liscano mismo ha escrito: «Gallegos, ese artista cuyo puritanismo no hizo sino debilitar su creación»; a la vez que critica la estructura «deshilachada, sin hilo conductor, confusa» de Cantaclaro. ¿No será, al contrario, ese clima lunar, de emociones inconclusas y a la sordina —el seductor jamás realiza ante el lector algún contacto erótico con las pregonadas mujeres de sus aventuras— el tono narrativo de mayor envergadura en Gallegos?

Hay algo curioso: y es que Canaima parece imponerse sobre su autor. Mientras éste quiere mostrarnos la selva como maléfica, abismo de embrutecimiento, zona de barbarie, cuya atracción es una «aberración», Marcos Vargas y todo aquel que ame a América tiene que vislumbrar en ella el poder natural, los peligros del misterio vegetal, las ocultas áreas del alma terrestre.

Canaima comienza y termina con una mirada que avanza desde el Océano Atlántico, atraviesa el Delta del Orinoco y se interna en la selva guayanesa y sus poblaciones, para luego deshacer la ruta extraordinaria. En ese paréntesis ha ocurrido una historia fascinante, embrujadora, la de un hombre desorbitado, lleno de impulsos, pueril en su hombría, cuya desnudez física (y espiritual) lo entrega a algo que está más allá de sí mismo. Gallegos se traiciona en Marcos Vargas y por eso puede éste existir a plenitud: no le importan la moral, el bien ni la belleza. Su destino es el azar o la oscura sabiduría de los sentidos; como ajustara Liscano, «dos presencias lo atraen irresistiblemente: el río y la selva, varón y hembra magnificados».